

OBSERVACION PARTICIPANTE

DE UNA TOMA DE YAGE ENTRE LOS KOFAN

MANUEL LUCENA SALMORAL

Este artículo trata de recoger las observaciones y experiencias del investigador en una toma del alucinógeno yagé, efectuada entre los Kofán en junio de 1965.

Los Kofán son un grupo indígena de lengua Chibcha que habita en la Intendencia del Putumayo, hacia la parte alta de la Amazonía, cerca ya de los contrafuertes de la cordillera andina. Su habitat propio se encuentra entre los 0° y 1° de longitud Norte del Ecuador, y entre los 76° y 77° de latitud O. de G. Grupo antiguamente numeroso, se ha reducido actualmente a menos de un millar de habitantes, concentrados principalmente en las reservas de San Antonio del Guamuéz y la Hormiga de Yarinal. Algunas familias viven aisladas en lugares como Santa Elena del Guamuéz, el Churuyaco, el río San Miguel y Santa Rosa de Sucumbíos. Otra gran cantidad de Kofán está radicada en el Ecuador.

Los Kofán colombianos han tenido mucho contacto con el blanco, a causa de la explotación de caucho, la guerra con el Perú y, últimamente, la extracción de petróleo. La invasión de "los Texas", como ellos denominan a los empleados de la "Texas Petroleum Company", acompañada de la penetración constante de colonos a lo largo de la nueva carretera Puerto Asís-San Miguel, les ha producido una serie de traumas culturales, cuyas consecuencias se empiezan ya a observar.

Su economía se fundamenta en la agricultura, realizada en forma extensiva por el procedimiento de roza. El plátano y la yuca dulce son sus alimentos preferidos. Con el primero hacen la "chukula": un puré que se toma en casi todas las comidas. Con la segunda hacen el "anduche": la chicha de los Kofán.

La agricultura se simultanea con la caza y la pesca, de donde obtiene el Kofán sus bases proteínicas. Pero la caza comenzó a desaparecer desde hace dos años (1968), tan pronto como los camiones, volquetas y carterpillar iniciaron su ruidoso transitar a través de la carretera de la selva. La pesca empezó a escasear desde hace poco más de un año, cuando "unos Texas" introdujeron en el Putumayo el procedimiento de pescar con tacos de dinamita.

Desde hace cinco años he estado estudiando la magia de los Kofán, con el propósito de preparar un informe científico. Este trabajo que presento al lector es simplemente una observación participante de una toma de yagé.

El bejuco mágico

El yagé es un poderoso alucinógeno que se obtiene de la "banisteriopsis spp" (1). Lo utilizan numerosos pueblos indígenas de Colombia, con propósitos mágicos o curativos. Todos los grupos aborígenes que actualmente habitan en el Putumayo (Kofán, Ingano, Siona y Witoto) usan el yagé dentro de un contexto mágico.

Aunque el yagé se da silvestre en el Putumayo, los Kofán lo cultivan. Creo incluso que tienen más de una variedad de yagé, pues el cacique Querubín Quetá me dijo que algunas veces hacen una bebida muy fuerte seleccionando varias clases de bejuco (yagé). La variedad usual es seguramente la "banisteriopsis caapi" (2) que preparan en la doble forma de infusión o cocinada, esta última más fuerte que la primera.

Para los Kofán el yagé es el núcleo de toda su praxis mágica. El bejuco, así, con artículo definido y por antonomasia, como denominan también estos indígenas al yagé —recuerda el calificativo de "la hierba", dada por los hipis a la marihuana— tiene una serie de funciones importantes, como las siguientes :

- 1º—Sirve para curar.
- 2º—Sirve para predecir.
- 3º—Sirve para manipular lo sobrenatural.
- 4º—Sirve para "viajar".
- 5º—Sirve para mantener la cohesión del grupo.
- 6º—Sirve para preservar la salud.

La toma de yagé constituye parte fundamental de la formación del chamán Kofán, pero además el chamán cura siempre después de haber efectuado una toma de yagé, pues el bejuco le da el poder necesario para ejercer de hombre-médico. El yagé permite adivinar lo que sucederá en el futuro, o simplemente lo que está aconteciendo en aquel momento en otro lugar distante. Estas cualidades se obtienen, según la creencia generalizada, bajo el estado de alucinado. En este terreno de las predicciones hay hechos realmente sorprendentes, que cuentan maravillados no solo los indígenas, sino también los colonos.

El yagé es la puerta de entrada al mundo sobrenatural. De aquí la serie de precauciones que es preciso guardar cuando se va a tomar el bejuco, como veremos más adelante. En estado de alucinación se pueden manipular los mecanismos mágicos, para hacer bien o mal a los mismos semejantes. Se cree incluso en la posibilidad de que un brujo efectúe homicidio, sin moverse de la hamaca donde está tomando yagé, ya que su personalidad espiritual, desdoblada de la material, puede viajar para realizar dicho acto, sin que nadie la vea, y regresar luego al cuerpo del tomador.

El yagé sirve para "viajar", como cualquiera otro alucinógeno poderoso. El espíritu o alma del tomador puede subir al cielo, o bajar a las entrañas mismas de la tierra. Puede ir a lugares ignorados, o regresar a los conocidos con anterioridad. Puede ver colores vivos y cambiantes, y formas caprichosas, fuera de toda realidad.

El yagé sirve para mantener la cohesión del grupo, pues vincula a los miembros de la sociedad con sus tradiciones vernáculas. Durante la toma de yagé se entonan canciones aprendidas de los viejos; de los mayores, como los llaman los Kofán. Se narran acontecimientos relacionados con el orden sobrenatural; se transmiten elementos míticos en forma oral; se comentan hechos sencillos del diario vivir, y se fortalecen los vínculos interpersonales de los indígenas.

En último lugar el yagé sirve, según los Kofán, para preservar la salud. Una frase muy usual entre ellos es que "el yagé sirve para vivir alentado". Consideran así que quienes toman usualmente yagé son menos propensos a las enfermedades. Este punto tocaría un aspecto médico en el cual soy perfectamente ignorante, pero quiero hacer notar que aparte de las cualidades de vomitivo y de posible aplicación para la malaria, que ya han sido anotadas (3), el yagé se toma después de un período de 24 horas de ayuno, y produjo en mí un efecto diurético totalmente anormal. Tanto, que me sorprende que quienes han tomado yagé no lo hayan notado.

Preparativos para la toma

"El yagé es delicado", dicen los Kofán, para dar a entender que es una planta difícil de manejar, dada su condición de elemento sagrado. La bebida tiene que prepararla un varón que no tenga contacto sexual con mujer, es decir, un soltero. Selecciona los bejuco y los raspa o trocea, para hacer la infusión o el cocimiento. El yagé se hace en agua pura; agua no contaminada, agua tomada en un caño de la selva, por donde no pase usualmente gente.

Antes de tomar yagé hay que ayunar 24 horas, cuestión esta que relacioné en un principio con otra práctica similar de los Ijca (4), otro pueblo de lengua Chibcha, y que más tarde me expliqué como un sabio procedimiento de evitar el vómito. El yagé hay que tomarlo por la noche, cuando el sol se ha ocultado, imagen esta que nos llevó de nuevo a otros pueblos de lengua Chibcha (Ijca, Muisca), para los cuales la luz es impureza, pecado o incesto.

No pueden tomar yagé aquellos que tienen a su mujer embarazada, con la menstruación o están criando niños de pocos meses, pues la borrachera les sería perjudicial para la salud. Finalmente el yagé hay que tomarlo en una casa ceremonial que se encuentra oculta en el interior de la selva. Todo esto origina que el Kofán sea muy receloso a aceptar a un blanco en su círculo de yagé.

Tardé varios días en convencer a varios amigos Kofán de que me admitieran en una toma de yagé. Finalmente convinieron en aceptarme dentro de un pequeño grupo formado por el cacique Querubín Quetá y sus hermanos Emiliano y Alberto (este, por su condición de soltero, sería el preparador), así como taita Mauricio, anciano brujo de San Antonio, de gran prestigio entre todos los indígenas de la región. Se me advirtió que debía guardar un día de ayuno riguroso en la víspera de la toma; que sería conveniente usara kusma (la túnica de los Kofán) y que comprara tres botellas de aguardiente, para ayudar en la borrachera.

Al amanecer del día señalado para la toma de yagé, traté de localizar a Alberto Quetá para acompañarle en los preparativos, pero no pude hallarle. Cuando pregunté por él me dijeron que se había marchado a las cuatro de la mañana y que no regresaría en todo el día, pues había ido a preparar yagé. Intenté que me indicaran donde se encontraba, pues quería reunirme con él, a lo cual me replicaron que era imposible: Alberto debía estar solo.

El día transcurrió sin mayores incidentes, hasta las cuatro de la tarde. Entonces Querubín y Emiliano comenzaron a preparar sus vistosas coronas. Las examinaron detenidamente y luego arreglaron algunas plumas ajadas o desprendidas. Cuando las coronas estuvieron listas comenzaron a acicalarse. Se pintaron el rostro con achiote (5) cuidadosamente, se cambiaron de kusma y finalmente se colocaron en las amarraduras de los brazos y muñecas unas ramas de albahaca (6), lo que equivalía prácticamente a perfumarse.

Camino a la casa de yagé

Hacia las cinco de la tarde estábamos ya listos para partir. Querubín Quetá me dijo que cargara mi hamaca, pues la iba a necesitar. Luego partimos en dirección a la casa ceremonial, la casa de yagé. Cada tomador debe ir solo, pero dado mi caso especialísimo de persona inexperta, me acompañó Querubín.

La trocha era apenas perceptible. En algunos lugares estaba tan cerrada que era necesario usar el machete. Cada vez se adentraba más en la selva espesa. Di varios traspiés en mi afán de seguir de cerca a mi guía, que caminaba muy de prisa. Querubín no me dirigía la palabra. Luego supe que este camino hay que hacerlo solo y en silencio.

Durante unos cuarenta y cinco minutos caminamos a través de la vegetación. Solo se oía el ruido de nuestras pisadas, el roce de las hojas y ramas contra nuestros cuerpos y la algarabía de los animales de la selva que precede siempre al anochecer. Al fin llegamos a la casa ceremonial. Fue una llegada imprevista para mí, pues no había el claro de selva que siempre antecede a una vivienda indígena. La casa de yagé estaba totalmente rodeada de vegetación; en pleno monte. Faltaban unos minutos para las seis.

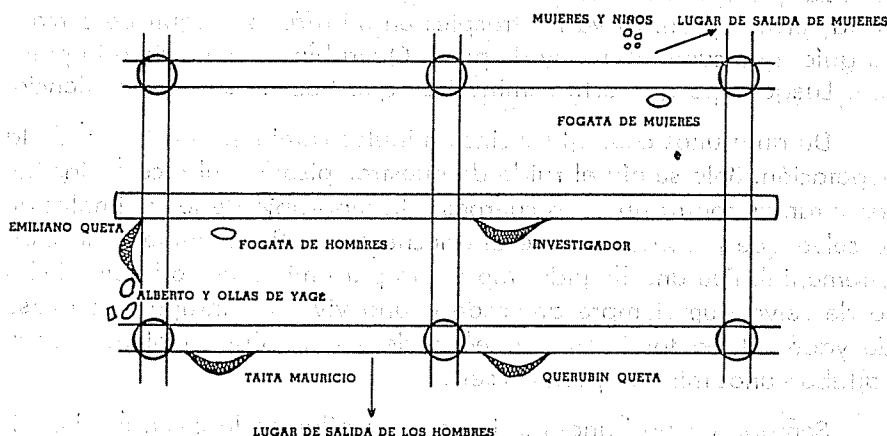
Sentado en un banquito, junto a un pilar de la casa, estaba Alberto Quetá, rodeado de dos ollas grandes de yagé. Estaba ensimismado, pintándose delicadamente el rostro con achiote. El saludo fue muy lacónico, contra lo que es usual entre los Kofán. Querubín comenzó a guindar su hamaca y me dijo dónde debía colocar la mía, muy cerca de él.

A los pocos minutos llegó Emiliano Quetá. Soludó así mismo con brevedad y guindó su hamaca cerca de donde estaba Alberto. Finalmente apareció taita Mauricio, quien venía muy sudoroso, pues había caminado casi dos horas desde su casa en San Antonio. Esta vez el saludo fue más efusivo. Mauricio colocó su hamaca entre la de Querubín y la de Emiliano. Los últimos en llegar fueron dos mujeres ancianas y dos niños, que yo ignoraba que estaban invitados a la toma. Se sentaron en el suelo y en la parte exterior de la casa, formando un grupo aparte.

Los Kofán comenzaron a contar chistes en su lengua, pese a que todos eran bilingües. Fumaban acostados en las hamacas y se reían a grandes carcajadas. Aproveché para examinar la casa ceremonial.

La casa era, en realidad, un simple techo a dos aguas. Estaba hecho con hoja de palma, pero una hoja burda, pues parecía la que llama-

ban moriche. Cuando los Kofán quieren hacer un buen techo lo fabrican con una hoja de palma que denominan huasipunga, más impermeable y duradera. Además el techo tenía algunos claros y había hojas ya podridas, lo que originaría un sin fin de goteras en caso de que hubiera lluvia. Los pilares eran ocho, de buena madera de chonta (7). La casa tendría unos 9 metros de largo, por unos 3.50 metros de ancho. La disposición general de los tomadores de yagé fue la siguiente:



La toma del yagé

La toma comenzó hacia las seis y media, cuando se hizo noche cerrada. Se inició con las botellas de aguardiente, que duraron mucho menos de lo que había calculado. Los Kofán se volvieron más efusivos y reían continuamente. Muchos de los motivos de hilaridad giraban en torno a mi persona, por los efectos que podría originarme el yagé. Me dijeron que el yagé me daría soltura de vientre y que entonces debía salir de la casa por un lugar determinado: por allí debían salir todos los tomadores para hacer sus necesidades. Las mujeres y los niños, en cambio, debían hacerlo por detrás de la casa, sin atravesar el recinto de la casa de yagé. Todo esto evitaba que el yagé se cortara o que la borrachera fuera mala.

Como a las siete de la tarde se habían acabado ya las tres botellas de aguardiente y Alberto comenzó a quemar copal (8). Se acercó luego a la hamaca del cacique Querubín y esparció el humo por debajo y por encima. Le pregunté para qué hacía aquello y me dijo que para que la borrachera del cacique viniera buena. Después hizo lo mismo con cada uno de los tomadores.

Terminada la ceremonia del incienso con el copal, Alberto se sentó junto a las ollas de yagé y comenzó a cantar con gran vehemencia. Querubín me aclaró que estaba "componiendo el yagé para que se pusiera fuerte y sentara mejor".

Taita Mauricio salió a los alrededores de la casa y cortó varias ramas de ortiga (parece que eran cultivadas, dada su abundancia), con las cuales hizo una especie de abanico. Le pregunté para qué las usaba y me contestó que para darse con ellas en la espalda, para que le pasase luego la borrachera.

Cuando todos los Kofán tuvieron finalmente puestas sus coronas de plumas, comenzó la toma. Alberto sacó una totuma (9) llena de yagé y se la ofreció al cacique. Este la tomó en sus manos y la purificó con una serie de glotalizaciones como: ¡Uh! ¡U?! Después apuró la totuma de una sola vez. Expulsó por la boca los gases estomacales con gran ruido y devolvió la totuma al preparador. Alberto volvió a llenarla y se la entregó de nuevo. Querubín volvió a hacer lo mismo.

Después de haber bebido el cacique, le tocó el turno a taita Mauricio. Alberto entregó la totuma a Querubín. Este la purificó y se la ofreció al anciano, quien la tomó de igual manera. Finalmente bebió Emiliano. Ni Alberto, ni las mujeres, ni yo, tomamos en esta ocasión.

Los tomadores se acostaron y empezaron a cantar. Cada uno entonaba una canción distinta y en tono alto. Solo taita Mauricio cantaba algo bajo, quizá por la edad. Cantaban para tener buena borrachera, para tener buena cacería, para que en los montes hubiera dantas y cerrillos. Querubín Quetá cantaba a veces en Siona, pues de joven aprendió magia con un chamán de dicho grupo. Yo procuré recoger estas canciones en mi grabadora, acercándome a cada uno de ellos.

Tres cuartos de hora después de la primera toma, se efectuó la segunda. En la misma manera y en el mismo orden. Los cantos siguieron subiendo de tono y algunos de ellos se dedicaron a la lluvia, a la tormenta y al rayo, pues el cielo comenzó a nublarse.

Aproximadamente a las nueve de la noche se realizó la tercera toma. Esta vez, después del cacique, Mauricio y Emiliano, tomamos también Alberto y yo.

Experiencias con el yagé

Querubín Quetá se detuvo largamente en la purificación de mi totuma de yagé, seguramente por mi condición de foráneo, pero ignoro si porque esta requería una purificación más fuerte o por recrear.

se ante mí en el ceremonial. Me ofreció luego en sus manos el calabazo. Intenté cogerlo con las mías, pero me dijo que no lo hiciera, pues debía beber de aquella forma. Así lo hice.

El primer sorbo tenía un sabor amargo a hierbas frescas. Era un líquido oscuro, pero no muy espeso. Tomé el resto de una sola vez, como había visto hacerlo. El final de la totuma estaba todavía más amargo y tenía muchos fragmentos de hierbas. Enseguida noté el estómago lleno de gases y tuve necesidad de expulsarlos.

Me quedé de pie, grabando mis propias impresiones y observando lo que ocurría a mi alrededor. El Cacique tomó otra totuma de yagé y la llevó hasta donde estaban las mujeres, dándosela a una de ellas. Luego a otra y, finalmente, a los niños. Cuando terminó le pregunté si no le sentaría mal al niño. Me respondió que no, que antes le alentaría y que convenía que se fuera acostumbrando ya a tomar yagé, para vivir bien.

Volviéron todos a acostarse en las hamacas y continuaron cantando. Las canciones parecían más melódicas. Emiliano me dijo que estaba cantando al tigre.

Mi estado fisiológico era perfecto. Pregunté cuántas totumas había que tomar para sentir los efectos y Emiliano me dijo que dos o tres, cuando se empezaba, pero que ellos tomaban ocho o diez.

La cuarta toma se hizo hacia las diez de la noche y fue similar a la anterior. Después de mi segunda totuma de yagé continué grabando y en pie, pero a poco comencé a notar alguna pérdida en el sentido de gravedad. Me tomé el pulso y lo encontré bastante acelerado. Sentí ardor de estómago, que atribuí a la falta de alimento. Luego necesité hacer micción y salí por el lugar indicado, tal y como había visto que hacían los demás.

Desde el monte, desde la selva, contemplé uno de los espectáculos más impresionantes y hermosos de mi vida. Ví la casa a unos veinte metros, con las dos fogatas, la de los hombres, y la de las mujeres. Sus resplandores iluminaban rojizamente a los tomadores de yagé, tendidos en sus hamacas y cantando.

Seguí grabando canciones, pero comencé a experimentar cansancio y frío. Volví a hacer micción. El yagé resultó ser un excelente diurético y comprendí entonces las bromas de los Kofán sobre los efectos del alucinógeno.

Mi tercera toma de yagé la hice a una hora que ignoro, pues no la anoté. Entonces me sentí infinitamente cansado y con frío. Me era

materialmente imposible continuar de pie y me acosté en la hamaca. Estaba mareado y me invadía una enorme apatía. El pulso seguía muy acelerado. Tenía sueño.

Comenzó a llover y los Kofán arreciaron en sus cantos. Supuse que cantaban a la lluvia, pero no tenía ganas ni de preguntar. Uno de ellos se levantó para correr la hamaca, seguramente a un lugar donde no hubiera goteras. No supe quién. Todo dejó de interesarme. Solo mi cansancio, mi sueño y mi mareo. Solo mi persona. Apagué la grabadora y me sumergí en un sueño profundo. La última imagen ordenada que recuerdo es una linterna sobre mis ojos. Luego colores, formas cambiantes, objetos desdoblados, ojos y una sensación de estar entre dos fuerzas encontradas, posiblemente al final del sueño. Una fuerza me mantenía dentro de aquel mundo de fantasía, quieto en la hamaca. Otra fuerza tendía a levantarme de la hamaca, pues estaba totalmente mojado, ya que estaba debajo de varias goteras.

Desperté como a las cuatro de la mañana sobre un charco de agua. La lluvia había escurrido por los dos guindos de la hamaca y se había acumulado debajo de mis riñones. Mis compañeros estaban reunidos junto a la hoguera de los hombres, calentándose. Hacía frío. Me levanté con dificultad y fui a reunirme con ellos.

—Le ganó la borrachera— me dijo Querubín.

—Sí, me ganó— contesté.

—La lluvia cortó el yagé— afirmó Emiliano.

—Si —contesté mecánicamente— ¿Cómo se llama este yagé?

—Se llama crudo yagé— replicó Alberto.

—¡Ah! yagé crudo— respondí.

—Sí, sí— volvió a decir Alberto.

—¿Y en lengua como es que llama?— inquirí nuevamente.

—Lllaman kuma yagé— aclaró Alberto.

Fui despertando lentamente. Me encontraba bien, pese a las alucinaciones. En realidad no había dormido más de cinco horas, pero no tenía sueño. Solo un poco de cansancio. Volví a coger la grabadora y a anotar datos. En las dos fogatas, la de las mujeres y la de los hombres, se estaban cocinando unos plátanos y unas presas de mico. Los Kofán volvían a reirse. Otra vez a costa mía, pues afirmaban que había hablado mucho mientras dormía. No conseguí que me explicasen lo que había dicho.

La curación

Mientras estaba listo el desayuno, Querubín Quetá procedió a hacer una curación. Una de las niñas estaba enferma, pues le dolía la espalda. El cacique le mandó sentar en el suelo, junto a su hamaca. Luego cogió un manojo de ortigas y comenzó a cantar una especie de letanías: palabras muy seguidas que pronunciaba incluso mientras aspiraba aire. El manojo de ortigas se movía rítmicamente y producía un sonido extraño, al chocar unas hojas con otras. El ritmo iba aumentando progresivamente. La punta de las ortigas tocaba ligeramente la espalda desnuda de la niña: el sitio donde estaba el mal.

El canto duró unos diez minutos, al cabo de los cuales Querubín inició una nueva fase de la curación, que constituía en exorcismos. Los ritmos del manojo de ortigas fueron acompañados de unas exhalaciones fuertes de aire: ¡uschh!... ¡usch!... ¡usch!. El tono imperioso era evidente. El cacique estaba ordenando al mal espíritu abandonar el cuerpo de la niña.

Luego, un absoluto silencio. Querubín cubrió con el vestido la espalda de la adolescente y le dijo que ya estaba curada. La niña se levantó sin decir nada y fue a reunirse con las mujeres.

Taita Mauricio, entre tanto, estaba pasándose un manojo de ortigas por la nuca y espalda, para que le pasara la borrachera de yagé.

Finalmente se hizo el desayuno, en forma ya algo más animada. Se repartió el alimento y luego comenzaron todos a preparar sus cosas para la partida.

El regreso

Hacia las cinco de la mañana se inició el regreso. El primero en salir fue Taita Mauricio, es decir, el último que llegó a la casa de yagé. Cogió sus objetos y se marchó sin despedirse. Yo intenté hablarle, pero Querubín me lo impidió. Luego, con un intervalo de unos cinco minutos, partió Emiliano, también en la misma forma. Esperamos otros cinco minutos y salimos nosotros.

Durante otros 45 minutos recorrimos la trocha de regreso en completo silencio y rodeados de un bello amanecer. El suelo estaba muy húmedo por la lluvia y los resbalones en las hojas lisas fueron más frecuentes que a la venida. Me sentía muy fatigado.

Al llegar a la casa, Querubín guindó su hamaca y se acostó. Yo hice lo propio. La mujer del cacique me trajo entonces una taza con otro líquido y me invitó a tomarlo.

—¿Qué es?— pregunté.

—Yoco, es como tinto— contestó la mujer.

Tomé el yoco, que sabía también a hierbas, y me sentí mucho mejor. Este yoco lo hacen los Kofán en infusión, raspando la corteza de otro bejuco (10). A mi regreso a Bogotá le pregunté al Dr. Hernando García Barriga, gran botánico y degustador también de hierbas y paisajes colombianos, por qué me había sentido tan bien aquella taza de yoco. El doctor me explicó que el yoco es muy rico en cafeína y que por consiguiente había tomado un estimulante, parecido en cierto modo a una taza de tinto.

BIBLIOGRAFIA

- (1) Patiño, Víctor Manuel: *Plantas cultivadas y animales domésticos en la América Equinoccial*. Cali, Imprenta Departamental, 1967, t. III, p. 223-232.
- (2) Patiño, Víctor Manuel: *Ibidem*, p. 229.
- (3) Patiño, Víctor Manuel: *Ibidem*, p. 228.
- (4) Lucena Salmoral, Manuel: *Informes preliminares sobre la religión de los Ijca*. En *Rev. Colombiana de Antropología*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1969, vol. XIX, p. 247.
- (5) Tintóreo rojizo extraído de los frutos de la Bixa Orellana.
- (6) Ocimum basilicum.
- (7) Abreviado por chontaduro o Guilielma gasipaes.
- (8) Liquidambar styraciflua.
- (9) Recipiente hecho con la cáscara del fruto de la Crescentia cujete.
- (10) Paullinia yoco, ver Víctor Manuel Patiño: *Ibidem*, p. 225.